

L'un ne mord que ses ennemis;  
 Et l'autre mord tous vos amis;  
 Voilà la difference» (1).

(1) Vos encontráis a los dos encantadores, y nosotros a los dos mordaces; he aquí la semejanza. El uno no muerde más que a sus enemigos, y el otro muerde a todos vuestros amigos: he aquí la diferencia.



## VIII

**D**IEZ años duró aquella vida íntima entre ambas mujeres, sin que nadie sospechase el volcán que la ambición, la vanidad y el amor propio herido habían ido formando poco a poco en el pecho de la *señorita de compañía*.

Habíale tomado ésta gusto al mundo que frecuentaba; sentíase capaz de dominar en él, y humillábala cruelmente verse reducida en aquel brillante mundo al solo papel de comparsa, al lado de aquella egoísta vieja, cuya influencia y prestigio envidiaba y trataba de usurpar.

Quizá también influyó no poco en la conducta de Mlle. Lespinasse para con su señora aquel su deseo íntimo y secreto que revela Marmontel en sus *Memorias*.

«Con los poderosos medios de que disponía para agradar y seducir, dice, parecía imposible no encontrar entre sus más ilustres amigos alguno lo bastante prendado de ella para ofrecerla su mano. Esta ambiciosa esperanza, más de una vez engañada, no la abandonó nunca; cambiaba de objeto, mas existía siempre, cada vez más exaltada, y tan vehemente a veces, que cualquiera la hubiera tomado por verdaderos delirios de amor» (1).

Tenemos, pues, por testimonio de Marmontel, que las sucesivas pasiones de Mlle. de Lespinasse no ocultaban sólo el ardor de su temperamento, sino que encubrían también el proyecto, jamás desechado, de pescar algún marido ilustre que le diese el nombre y la posición de que su desgraciado nacimiento la privaba.

Estalló al fin, con grande estruendo y escándalo, aquella mina de tanto tiempo atrás cargada, a principios de Mayo de 1764. Dejemos a Marmontel referir este ruidoso acontecimiento, advirtiendo de paso que Marmontel, como amigo y confidente de D'Alembert, muéstrase siempre parcial de la Lespinasse y hostil

(1) *Mémoires*, t. II, pág. 301.

a la Marquesa, de cuyos acerados epigramas había sido alguna vez víctima.

—«¡Oh Dios mío!— escribía aquélla a Horacio Walpole, después de leer el cuento de Marmontel, *Las tres sultanas*—. ¡Qué autor éste! ¡Cómo trabaja y se atormenta por tener talento! No es más que un pordiosero cubierto de harapos.»

«Había en París una Marquesa Du Deffand, dice Marmontel, mujer de talento, de chispa y de condición maligna. Galante y bastante bella en su juventud, era ya vieja en el tiempo a que me refiero: estaba ciega y devorada por el hastío y los vapores (1). Su escasa fortuna habíala obligado a retirarse a un convento, donde no dejaba de recibir a las gentes del gran mundo en que había vivido siempre.

»Conoció esta señora a D'Alembert en casa de su antiguo amante, el presidente Henault, hombre tímido que sufría entonces, por miedo, la esclavitud que el amor le había impuesto

(1) Los vapores fueron la enfermedad de moda entre los damas elegantes de aquella época, y con este nombre se designaban hasta los achaques e indisposiciones más vulgares. El abate Tayer escribía a una dama inglesa: «Vous passez vos jours sans migraine? On peut vous le pardonner. Mais sans vapeurs! C'est abuser, en femme de la halle, de la permission de se bien porter.»

muchos años antes. El talento y el agrado de D'Alembert cautivaron por completo a la Marquesa, y de tal modo supo ella atraérsele, que se hicieron inseparables. Vivía D'Alembert muy lejos de ella, mas no dejaba un solo día de ir á visitarla.

»En este tiempo buscaba Mme. Du Deffand, para llenar el vacío de su soledad, una señorita joven, bien educada y sin fortuna, que quisiera vivir con ella en el convento. Encontró a Mlle. de Lespinasse, y quedó, con razón, encantada de ella, y a D'Alembert no le agradó menos encontrar en casa de su anciana amiga aquella joven tan interesante que completaba el terceto.

»El infortunio idéntico de ambos aproximó sus almas, porque uno y otro eran hijos del amor (1), y yo vi nacer la amistad entre ellos cuando Mme. Du Deffand les llevaba a cenar a casa de mi amiga Mme. Harene, y desde entonces data nuestro conocimiento.

(1) D'Alembert era hijo natural de la escandalosa cortesana Mme. de Trein y de un comisario de artillería llamado Destouches. Su desnaturalizada madre le abandonó recién nacido en las gradas de la capilla de Saint-Jean-le-Rond, cerca de Nuestra Señora, y allí le recogió una pobre mujer, casada con un vidriero, y le crió y sirvió de madre durante toda su vida.

»Y en verdad, que era necesario todo un D'Alembert para dulcificar y hacer soportable la triste y dura posición de Mlle. de Lespinasse. Porque sobre estar sujeta al cuidado perpetuo que requería aquella mujer ciega y *vaporosa*, érale necesario hacer, como ella, día de la noche y de la noche día, y velar a su cabecera para adormecerla, leyendo en voz alta; trabajo que fué mortal a la pobre joven, y del cual se resintió toda su vida. A pesar de todo, supo soportar aquella esclavitud, hasta que sobrevino el incidente que rompió su cadena.

»Mme. Du Deffand, acostumbraba a velar toda la noche en su casa o en casa de la Mariscal de Luxembourg, que trasnochaba como ella, dormía durante todo el día, y no se levantaba jamás hasta después de las seis de la tarde. Mlle. de Lespinasse solía levantarse una hora antes que su señora, y estos preciosos momentos, hurtados a su esclavitud, empleábalos en recibir a sus amigos personales D'Alembert, Chastelleaux, Turgot y yo algunas veces, en su habitación particular, que daba al patio interior del convento.

»Mas como estos señores formaban también la sociedad habitual de Mme. Du Deffand, y se distraían a veces en el cuarto de Mlle. de

Lespinasse, escatimaban a la señora algunos momentos. Fué preciso, por lo tanto, rodear esta tertulia del más profundo misterio, para evitar la indignación y los celos de la Marquesa. Descubrióla ésta al cabo, y volviendo toda su cólera contra la pobre joven, acusóla de querer usurparla traidoramente sus amigos, y despidióla de su casa, declarando que no quería alimentar aquella serpiente en su seno.»

El despecho de la vieja Du Deffand al descubrir el salón de contrabando de su protegida no tuvo límites, en efecto, y no sólo despidió en el acto a la señorita de compañía, sino que a D'Alembert, su amigo mimado y querido, púsole en la alternativa de optar entre Mlle. de Lespinasse o ella. D'Alembert, ingrato ciertamente con la filosofía vieja, optó por la filosofía joven, y jamás volvió a poner los pies en el convento de San José.

La Lespinasse, temerosa quizá de las consecuencias del suceso, apeló al patético y a la nota trágica, que era su fuerte, tomándose unos granos de opio, según la Harpe asegura; mas, como era natural, no se murió por tan poco, y la Du Deffand, que de las tragedias verdaderas solía hacer parodias, no se conmovió por aquélla, que desde luego lo parecía, y

la ajustó la cuenta y la plantó en la calle, negándose a verla, lo mismo que hubiera hecho con la última de sus doncellas.

Esta riña de mujeres, entre una *vieja bribona* (1) (palabras de D'Alembert) y una *doméstica engreída, infiel a su señora, de quien querían hacer un falso bel sprit* (2) (palabras de Horacio Walpole), alborotó al mundo aristocrático y filosófico, declarándose unos en pro y otros en contra de la Lespinasse, y permaneciendo neutrales los más de ellos.

Abrió entonces su repleta bolsa la otra vieja, Mme. Geoffrin, providencia de los filósofos y rival *burguesa* desdeñada siempre por la Du Deffand, y, parte por amistad a D'Alembert, parte quizá por inquina a la ilustre Marquesa, señaló a la atribulada señorita de compañía una pensión de mil escudos e hizo de ella su amiga íntima.

Con este oportuno auxilio de la *madre de los filósofos* y un mobiliario completo que la regaló la Mariscala de Luxembourg, pudo desahogadamente Mlle. de Lespinasse montar una modesta casa, que, fuese casualidad, fuese

(1) Carta de D'Alembert a Voltaire, 3 de Marzo de 1766.

(2) Carta de Horacio Walpole al general Conway.

atrevido reto, hallábase situada en la misma calle de Santo Domingo, y casi frente al convento de San José.

Estos fueron los principios del famoso salón de Mlle. de Lespinasse, que, como el de la Marquesa Du Deffand y el de Mme. Geoffrin, había de pasar a la historia, y en el cual dominaba el elemento filosófico y el literario, sin que por esto faltase también el aristocrático.

«Bien pronto, dice La Harpe, Mlle. de Lespinasse reunió en su casa lo más escogido y agradable de todas las clases sociales de la sociedad. Desde las cinco hasta las diez de la noche podíase estar seguro de encontrar allí lo más selecto de todos los círculos: personajes de la corte, hombres de letras, embajadores, extranjeros de distinción, señoras de alto rango. Era, en fin, un título de consideración ser recibido en aquella casa.»

En la lista de las pasiones de Mlle. de Lespinasse, que Grim hace ascender a cinco o seis, no figura D'Alembert en primer término; habíale antecedido un joven irlandés llamado sir Taaff, que se volvió a la verde Erin muy calladito, siendo quizá la primera de aquellas esperanzas defraudadas de que habla Marmontel en sus *Memorias*.

En la época de su rompimiento con la Marquesa Du Deffand, hallábase la pasión de Mlle. de Lespinasse por D'Alembert en su período creciente, y esto fué causa de que no permaneciese mucho tiempo sola en su nueva casa de la calle de Santo Domingo. Al año de haberse instalado en ella, fuéle a hacer compañía D'Alembert, dejando para siempre el modesto cuarto que había habitado veinticinco años en casa de su nodriza.

Allí vivieron juntos, mano á mano y en familiaridad tan íntima, que algunas de las cartas de Mlle. de Lespinasse están escritas por D'Alembert, y dictadas por ella desde el baño; el filósofo tenía entonces cuarenta y un años, y treinta y dos la filósofa.

Esta descarada unión de la filosófica pareja no escandalizó, sin embargo, ni retrajo del salón de Mlle. de Lespinasse a aquella sociedad tan ilustrada; lejos de eso, dice Mr. Charles Henri, la sociedad acogió aquella asociación con el respeto que le merecían los *corazones sensibles y las exigencias de la amistad*.

Quizá pensaron algunos, como de Marat dijo Chamette, que se habían casado un hermoso día de sol en el altar de la naturaleza. Otros expresaron su sentir en términos menos

cultos. «He estado a visitar, escribe David Hume a Guilber Elliot, a la manceba de D'Alembert, que es una de las mujeres más sensibles de París.»

Considerábase Mlle. Lespinasse tan dichosa en aquella época, que la asustaba tanta felicidad; mas a principios de 1768 apareció en escena el bello Marqués de Mora, y el astro de D'Alembert comenzó a eclipsarse, apareciendo entonces para con éste la Lespinasse verdadera, artificiosa, liviana y falsa.

Si son ciertos los cálculos de D'Alembert, y nadie pudo tenerlos más exactos, por este mismo año de 1768 debieron comenzar las relaciones de Mora con Mlle. de Lespinasse; mas en este caso, poco pudieron entonces prolongar el idilio, porque la tasada licencia, con tantas repugnancias concedida a Mora, terminó en Agosto; y antes de volver a España, quiso presentar sus homenajes al patriarca Voltaire en Ferney, como lo hizo, en efecto, en compañía del Duque de Villahermosa, según dijimos ya en el capítulo segundo.

D'Alembert mismo, inducido probablemente por la Lespinasse, dió al enamorado Mora la carta de introducción para Voltaire, que ya el lector conoce.



## IX

**D**ETÚVOSE Mora, a su vuelta de Ferney, en Ginebra, y a mediados de Octubre encontrábase ya en Madrid (1) rodeado de una corte de parásitos, como el abate Casalbón, en los cuales ensayaba sus trabajos de propaganda, ocupando al mismo tiempo en sus galanteos con la Duquesa viuda de Huéscar, que volvieron a reanudarse, y en refir tremendas batallas con el inexorable *Peluca*, el viejo don Gregorio Muniain, que no tenía aún trazas de morir, ni de dejar el Ministerio, ni de concederle tampoco otra licencia para correr al

(1) «Por el Sr. Marqués de Mora, que veo todas las noches, tengo frecuentemente noticias de V. E. y de lo bien que prueba París a los que tienen la grande ocupación de divertirse.» (Carta del abate Casalbón al Duque de Villahermosa.—10 de Noviembre de 1768.)